

de ferocidad, maldad y venganza de los elefantes, que, aun reunidos en bandadas, huyen en dirección al corazón de las selvas así que notan la presencia del hombre.

En todas las selvas habitadas por elefantes fácilmente se reconocen sus huellas. El guía de la manada va delante, sin preocuparse de los obstáculos, rompiendo ramas, arrancando de cuajo arbustos. Tras largas caminatas, la bandada de paquidermos suele hacer altos en los claros de los bosques.

La marcha del elefante trepando por las crestas y pasos difíciles es admirable, haciendo milagros de equilibrio.

El elefante nada muy bien, y se sumerge menos que los otros cuadrúpedos.

Con verdadera voluptuosidad se lanza en el agua, y atraviesa con firmeza los ríos más anchurosos.

La máquina más maravillosa que usa el elefante, es su trompa; y no sabemos qué admirar más: si la fuerza de este órgano ó los movimientos variados que puede ejecutar, ó bien la destreza con que coge los objetos. La trompa, que le sirve para coger delicadamente una moneda, un papel, tiene fuerza para desgajar un árbol.

El elefante emplea sus colmillos, unas veces para levantar grandes pesos, otras para apartar enormes piedras, ó abrir hoyos en tierra. El elefante ahorra aquellas armas ofensivas y defensivas, pues no son su principalísimo elemento de defensa.

Las facultades físicas del elefante se hallan en armonía con su organización. Su oído es muy sutil, pero la vista algo débil; y los que han observado al elefante en libertad afirman que su campo visual es muy limitado. Todos los cazadores saben que el más ligero crujido de una rama basta para poner en guardia al elefante. Su olfato es finísimo; así es que para cazarle es necesario hacerlo en dirección contraria al viento.

Las facultades intelectuales son, cuando menos, iguales á las de los mamíferos mejor dotados. Un elefante salvaje, tímido, inquieto, prudente, no puede parangonarse con el elefante cautivo y adiestrado, y cuyas facultades intelectuales han adquirido superior desarrollo.

«Un plantador de café, apellidado Raxava,—dice Tennent,—había notado que en el momento de estallar la tempestad los elefantes salvajes abandonaban de repente la selva, y se tendían en las praderas, lejos de los árboles, mientras que centelleaba el rayo y se oía el trueno.»

El elefante salvaje es más sencillo que prudente. Su inteligencia no le lleva al artificio y á la celada. La

rica y feraz naturaleza que le rodea le dispensa de hacer uso del resto de sus facultades.

Es un error, pues, repetimos, afirmar que el elefante es un animal terrible, pues es dulce y tranquilo, y vive en paz con los demás seres de la creación. No ataca, á menos de verse forzado á la lucha. Su más terrible enemigo,—dice también Tennent,—es la mosca; y un ratón espanta también al paquidermo. Todo cuanto se ha dicho acerca de las luchas entre el elefante, el león y el tigre, son puras fábulas. Los carniceros no se atreven á atacar al elefante, y éste no busca ocasiones de lucha.

Las bandadas de elefantes forman una gran familia, y llegan á ser quince, veinte, treinta, y hasta ciento. Andersu, cerca del lago Nigami, vió una bandada de cincuenta elefantes; Barth, en el lago de Tschad, una de noventa y seis.

El jefe de la bandada es el más prudente. Unas veces macho, y otras hembra, sus funciones son guiar á la piara, evitar los peligros, registrar los bosques, y, en una palabra, cuidar por la seguridad general. Todos los elefantes salvajes, ya lo hemos dicho, son muy tímidos y prudentes; pues bien: el guía lo es más que todos. Penosos deberes y responsabilidades tiene el elefante que goza el rango de jefe; pero, en cambio, sus subordinados le obedecen ciegamente. La guerra civil no se enciende jamás entre aquellas numerosas bandadas, y los elefantes siguen sin vacilar á sus jefes, aunque les conduzcan al sacrificio y á la muerte.

Refiere el mayor Skinner que, en la época de sequía y de grandes calores, en algunas comarcas, los riachuelos, arroyos y estanques se secan: los elefantes de la India sufren entonces mucho; y suelen reunirse durante horas enteras, contemplando, melancólicamente, los charcos del agua.

«Una noche, en que la Luna brillaba espléndidamente en el firmamento, salí de mi choza, enderezando mis pasos hacia un sitio que sabía era visitado por los elefantes.

No tardé en hallar un observatorio dispuesto á maravilla: era un árbol gigantesco, cuyas ramas se extendían sobre las aguas del estanque.

Al cabo de dos horas vi salir de la espesura á un grande elefante, que al llegar á unos 300 pasos del estanque se paró para escuchar. Había llegado hasta allí sigilosa y silenciosamente, y permaneció inmóvil como una roca durante algunos minutos. Avanzó y paróse de nuevo, escuchando siempre; operación que repitió tres veces, abriendo el elefante sus enormes orejas en actitud de escuchar.

Llegó el paquidermo, al fin, junto al agua, donde vi reflejarse su imagen, pero no bebió; y, tras algunos instantes de contemplación, volvió la espalda, internándose, de nuevo, en la selva.

No tardó el elefante en reaparecer, pero seguido de cinco compañeros. Todos avanzaron con el mismo sigilo, bien que no tan silenciosamente. El guía colocó á los cinco elefantes de centinela, y penetró, otra vez, en las fragosidades de la selva.

Por fin, el grueso de la piara de elefantes salió del bosque, en número de ochenta á cien, guiados por el jefe. Marchaban silenciosamente, y, cosa rara, les veía y no percibía, casi, el más leve rumor. Se pararon en mitad del camino, y el guía se adelantó para conferenciar con los centinelas; y, tranquilizado, sin duda, por completo, hizo la señal de que podían avanzar. La piara, entonces, libre de todo temor, adelantó resueltamente hasta el borde del estanque.

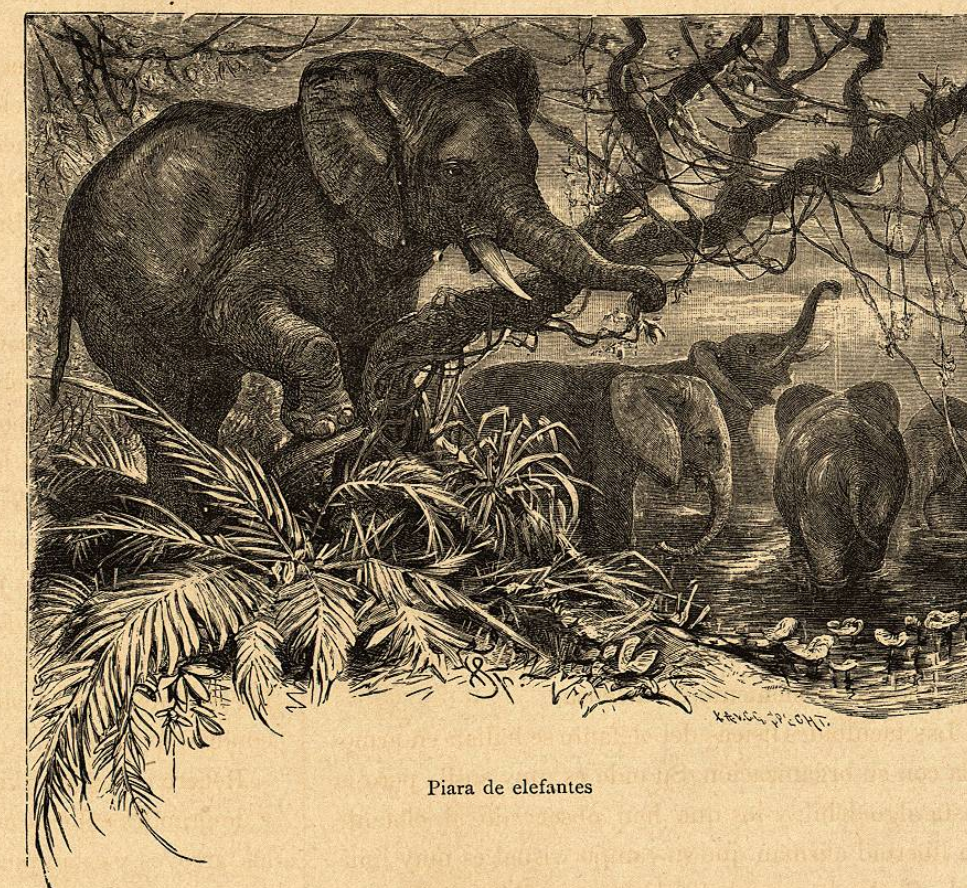
¡Hermosa escena! Las mansas aguas del lago, por cuya superficie rielaba poéticamente la Luna, turbadas por un ejército de elefantes; la piel rugosa y negruzca de los paquidermos, aparecía brillante y cobriza á los rayos de la Luna. Los elefantes bebieron, primero, ávidamente, y se bañaron después en el lago. El guía fué el último.

Jamás he visto á tantos elefantes reunidos en las selvas. Estaban tan sedientos, que creí que iban á vaciar el estanque. El crujido de las ramas, que hice al cambiar de posición, sembró la alarma entre los elefantes, que desaparecieron, internándose en el bosque.

Los elefantes se dirigen con igual prudencia á buscar el alimento. Las selvas que habitan son tan ricas, que los paquidermos jamás sufren hambre. Su diversión favorita es romper ramas de los árboles, y jugar con ellas.

En sus peregrinaciones nocturnas los elefantes visitan alguna vez las plantaciones, donde causan grandes destrozos. Pero el menor espantajo, una leve empalizada, bastan para detenerlos.

Los habitantes del Sudán atribuyen la conducta del elefante, no á su timidez, sino á un sentimiento innato de justicia. «Los elefantes que vagan junto á las orillas del Río Azul,—me decía un *cheik*,—son de genio dulce y pacífico. Mi padre y mi abuelo, no han recibido el más pequeño rasguño. Cuando se acerca la época de la recolección, cuelgo algunos amuletos en las ramas de



Piara de elefantes

los árboles, y esto basta para contener á unos animales tan justicieros como religiosos.»

En las montañas del Habesch, los cambios de estación determinan las emigraciones de los elefantes. En el país de los Bogos suben y bajan dos veces al año, casi por el mismo camino. La falta de agua les hace descender hacia la llanura.

## II

El elefante de Africa es mayor que el de la India, y se distingue de éste por su cabeza aplastada, su frente inclinada, sus orejas inmensas é inmóviles y sus grandes colmillos. Hoy día el elefante de Africa se halla en el centro de aquella región, desde el Océano Indico al Océano Atlántico, del 16° de latitud norte al 25° de la



titud sur. Hubo un tiempo que existió en el Cabo, pero fué perseguido, y desapareció.

El elefante de África, lo mismo que el de la India, es tímido y prudente. En Bogos se descubren huellas de elefantes á 1,600 metros á 2,000 de altura; y los indígenas me han asegurado que en el Hamasée los paquidermos visitan las más elevadas montañas, llegando á una altura de 2,600 á 3,300 metros sobre el nivel del mar.

Von der Decken, en su ascensión al Kilimandscharo, halló huellas de elefantes á unos 3,000 metros sobre el nivel del mar.

En aquellos grandes bosques del África, el elefante guía abre paso y sigue después la manada; y, cosa rara, en el Bogos he observado siempre el trazado de los caminos en los sitios más apropiados. En las montañas del Mensa, los caminos de los elefantes, no hacen más que atravesar el valle principal y desembocar en los valles laterales.

El elefante de África suele vivir en sus inmensas soledades, acompañado de algunos pájaros, y son: al norte el *ardeola bubalcus*, y al sud el *buphaga africana*. Característico espectáculo ofrece observar á los elefantes llevando posados sobre su espalda los pájaros de plumaje blanco, brillantísimo y precioso. Los pájaros hallan abundoso pasto de insectos y gusanos entre los pliegues y rugosidades del elefante, y éste un inefable consuelo.

Ocioso es entrar en más detalles sobre el elefante, propias de una obra zoológica; curioso es consignar que el elefante salvaje puede vivir unos 50 años, mientras que el cautivo envejece poco.

Los elefantes se hallan entre el número de los animales que un día, quizás no lejano, desaparecerán de la superficie del Globo.

Se caza á los elefantes de la India y del Africa con verdadero ardor, no como necesidad de defensa, ni para aminorar las devastaciones, sino para proporcionarse el marfil.

Los destrozos que hacen los elefantes no son grandes, porque los paquidermos salvajes permanecen en el fondo de las selvas vírgenes. Verdad es que alguna vez señalan su presencia por alguna rareza, como, por ejemplo, alguna irrupción en los valles, arrancando mojonos, postés y otros objetos colocados en los caminos por los ingenieros.

En la India, por regla general, son los ingleses los que se dedican á la caza de los elefantes.

Nuestros lectores leerán, sin duda, con interés, la siguiente relación de Gordon Cumming.

«El 31 de Agosto de 187...—dice,—vi á un hermoso

y soberbio elefante. Se hallaba á unos 150 pasos de mí, y presentaba el flanco. Apunté friamente, disparé y la bala se alojó en el omoplato del elefante. Los movimientos del paquidermo se paralizaron; pero antes de rematarle quise observar un instante á aquel monstruo, gozando, con orgullo, del espectáculo de verme señor de aquellos bosques.

Cazador impenitente, quise averiguar los puntos más vulnerables del elefante, y á corta distancia hice varios disparos. Á cada tiro bajaba la trompa, tocando suavemente la herida. Lleno de estupor, cuando vi al animal que soportaba tan dignamente su desgracia, sentí piedad, y me apresuré á acabar con él. Disparé seis tiros de carabina detrás de la espalda. Cada tiro era mortal, y sin, embargo, no parecía haber producido grande efecto. En fin: disparé tres tiros más, y lágrimas abundantes saltaron de sus ojos. El elefante abrió y cerró rápidamente los párpados, algunas convulsiones agitaron su cuerpo, se inclinó á un lado, y al fin cayó muerto.»

Cumming trata de excusar su acto de crueldad diciendo que hizo semejantes experiencias para abreviar los sufrimientos de otros elefantes. Pero no puede aceptarse esta explicación; porque un cazador experto debe saber ya cuál es el sitio á donde debe apuntar.

En otra caza de elefantes el mismo Cumming refiere que mató un grande elefante macho, al que alojó en su cuerpo 35 balas antes de expirar.

Los cazadores de la India no son menos crueles. Otro narrador venatorio, Tennen, claramente también lo consigna. Son tan despiadados y poco generosos como aquellos emperadores romanos que, sin peligro, y desde lo alto de su estrado, arrojaban impunemente venablos y flechas á los centenares de fieras que rugían en los circos.

«Los cazadores de elefantes que han pregonado sus proezas por el número de elefantes que han matado, son, por punto general, héroes que han sacrificado centenares de elefantes encerrados en corrales, ó prisioneros entre empalizadas.

Dar muerte á un animal noble y útil, con crueldad y sangre fría, y sin los incentivos del peligro que ennoblecen al cazador de fieras, merece censura en lugar de aplauso.

Los verdaderos cazadores de elefantes les persiguen en el seno de los bosques vírgenes, y su trofeo es el riquísimo marfil, que cambian con puñados de oro.

Semejante caza ofrece interés y no carece de peligros. Los indígenas portadores de armas señalan las piezas; los cazadores se acercan cautelosamente, y con una

carabina de mucho alcance y calibre sueltan su bala, procurando que toque el cráneo del elefante detrás de la oreja. Un buen cazador rara vez necesita disparar un segundo tiro.

La dificultad de poder acercarse, por la timidez y

prudencia del elefante, hace, en mi concepto, preferible el acecho al ojeo.

En la India, he asistido á varias cacerías de elefantes, en que, por el estilo de la de los tigres, se ponen en movimientos millares de indígenas, hombre y mujeres.



Disposición de los elefantes domésticos para una cacería

músicos, bufones y bayaderas; suntuosos espectáculos orientales, característicos, que asombran al europeo y americano, y que proporcionan abundoso asunto al escritor y al artista. Pero yo gocé más en otras empresas venatorias más modestas, pero llenas de encantos por los lances imprevistos, y quizás por el mayor aliciente del peligro.

Sabía que los mejores cazadores de elefantes son los *puniki*, que habitan al norte y noroeste de la isla de Ceylán. Allí dirigí mis pasos, ávido de cazar elefantes entre la espléndida vegetación de aquellos bosques vír-

genes, en que los siglos habían acumulado riquezas infinitas y bellezas maravillosas.

Un indígena *puniki*, descubre y sigue las huellas del elefante, lo mismo que un excelente perro de caza olfatea y sigue á una pieza.

Llamé con mi criado á la puerta de una miserable choza, de un villorrio habitado por aquella raza mora en la India, y su dueño salió á abrir. Merced á algunas señas y á algunas frases del dialecto, pronto nos entendimos. El lenguaje expresivo y pintoresco de los enérgicos gestos del cazador, ofrecen un simbolismo inequí-